

Brasil 2011-2014: dos proyectos en disputa

Valter Pomar

Secretario ejecutivo del Foro de São Paulo y miembro del Directorio Nacional del PT.

Brasil es un caso particular de un proceso más general en el cual las poblaciones latinoamericanas tratan de solucionar sus problemas principalmente por las vías electorales. Además, el país expresa otro fenómeno regional: los gobiernos conquistados por la vía electoral y en coalición con sectores burgueses actúan dentro de los marcos del capitalismo, aunque también puedan impulsar reformas de tipo estructural que apunten en dirección al socialismo.

El apoyo político requerido para la aplicación de semejantes reformas es muy superior al que se necesita para ganar elecciones y administrar el capitalismo.

La realización de cambios estructurales a partir de un gobierno electo es totalmente distinta a la de gobiernos conquistados por medios revolucionarios, aunque a veces las reformas sean de igual naturaleza.

A pesar de ello, y de que la izquierda aún se encuentra en una etapa de defensiva estratégica a nivel mundial, la experiencia brasileña —al igual que otras en América Latina y el Caribe— presenta un potencial objetivamente favorable para la reconstrucción de una alternativa socialista, lo que empieza por completar las tareas históricas de desarrollo de las fuerzas productivas

sociales, propias del capitalismo. Este texto comenta algunos aspectos de la experiencia brasileña.

Las clases sociales en Brasil

La burguesía, que constituye cerca de 1% de la población brasileña, es la clase dominante de la sociedad. Se caracteriza por detentar la propiedad de los medios de producción y circulación y por la compra de la fuerza de trabajo de los trabajadores que no poseen capital, medio a través del cual extrae su plusvalía, su lucro o su rentabilidad. Aunque disfruta de un alto grado de cooperación para el proceso de explotación y de confrontación con los que venden su fuerza de trabajo, no es homogénea y su existencia está marcada por un intenso proceso de competencia interna dentro de cada rama o sector y entre estos.

Durante la década de los 90, cuando predominaron la ideología y la política neoliberales, la burguesía brasileña sufrió un intenso proceso de transferencia patrimonial de unos sectores a otros, y el capital o burguesía financiera conquistó la hegemonía en el seno

de la clase; de ahí que las burguesías agrícola, industrial y comercial pasaran a convertirse en sus sirvientas.

A fines de los años 90, al hacerse evidente la desnacionalización de una porción considerable del parque industrial brasileño y con las crisis internacionales que afectaron con fuerza a Brasil, una parte de los restantes sectores de la burguesía pasó a oponerse a la hegemonía de la financiera y a buscar una salida para la crisis estructural brasileña.

La pequeña burguesía urbana representa una masa poblacional muy diversificada y dispersa. Está compuesta principalmente por pequeños industriales y comerciantes, es decir, propietarios de medios de producción en pequeña escala. A veces utilizan de manera exclusiva su propia fuerza de trabajo o la familiar. Otras, explotan la comprada en el mercado. Su existencia padece las influencias tanto de las imposiciones de la competencia del gran capital como de la falta de protección y estímulo del Estado. Por lo tanto, están signados por la inestabilidad y buscan acceder a la burguesía, pero se hallan expuestos a la insolvencia y a convertirse en trabajadores asalariados.

La pequeña burguesía agrícola, también diversificada y dispersa, está compuesta por agricultores o criadores individuales y familiares, propietarios de sus medios de producción tales como la tierra y los implementos agrícolas. Sus miembros se enfrentan constantemente a las incertidumbres del clima, las plagas, la falta de créditos, las dificultades de comercialización y, sobre todo, las amenazas de expropiación por parte de los agronegocios, y a convertirse, en el mejor de los casos, en pequeños rentistas y, en el peor, en campesinos sin tierra o en trabajadores asalariados urbanos.

Aún existen en Brasil cerca de dos o tres millones de campesinos sin tierra, provenientes en su mayoría de propiedades rurales expropiadas por los agronegocios o en virtud de deudas bancarias y comerciales. Su conversión en pequeños productores agrícolas efectivos enfrenta la resistencia de la burguesía agrícola, la cual pretende completar la ocupación de todas las tierras cultivables para la producción de mercancías, así como la de los remanentes del antiguo latifundio, que no quieren que sus tierras sean repartidas, y la del conjunto de la burguesía, que desea mantener a los sin tierra como parte del ejército de reserva de mano de obra barata.

Los trabajadores asalariados o proletarios volvieron a sumar cerca de 40 a 45% de la población brasileña después de la reanudación del crecimiento económico en el primer decenio del siglo XXI. Su característica es que no son propietarios de sus medios de producción y circulación y, para sobrevivir, se ven obligados a vender su fuerza de trabajo a los propietarios de dichos medios a cambio de un salario.

En la década de los 90, una considerable porción de esos trabajadores quedó desempleada y se convirtió en parte del ejército de reserva industrial o fue dispersada por varias regiones del país, acompañando la relocalización o segmentación de plantas industriales y comerciales, con lo cual la clase de trabajadores asalariados perdió densidad y concentración de fuerza. A partir de 2005, dio inicio una paulatina recomposición de esa densidad y de esa fuerza, cuyo resultado fue que retomara progresivamente un papel más activo en la sociedad.

Entre los trabajadores asalariados, los rurales permanentes aumentaron, desde hace algún tiempo sus filas a más de dos millones, a la par con el crecimiento de la cifra de agronegocios. En algunas zonas del país, sobre todo durante la cosecha, se incrementa el número de los temporales, muchos de los cuales son propietarios de medios de producción rural en otras regiones y se desplazan, con vistas a complementar sus ingresos. Tal proceso puede sufrir cambios importantes con el aumento de la utilización de máquinas para la recogida de cosechas que antes se realizaban de manera manual.

En las periferias urbanas habitan algunos millones de brasileños desprovistos de propiedades y de condiciones de trabajo; gran parte de ellos recurre, para sobrevivir, a medios antisociales de apropiación: robo, contrabando, prostitución, etc. Esa capa social, en general denominada «lumpenproletariado», tiende a reducirse si se acentúa el proceso de crecimiento.

El Estado brasileño

El Estado brasileño está siendo reformado, desde su constitución, como instrumento no solo de control social, sino también como la prerrogativa de las clases dominantes. Sus principales mecanismos son los gobiernos ejecutivos y los parlamentos, los órganos estatales permanentes (como los que se ocupan de las relaciones exteriores y las fuerzas armadas) y el sistema judicial.

Desde el cese de la dictadura militar, en los años 80, esos mecanismos han estado sufriendo presiones para que sean democratizados y sirvan de instrumentos al servicio de la mayoría del pueblo. Pero en el curso del período neoliberal de los 90, la presión hacia su reducción a un «Estado mínimo» se volvió predominante y condujo a una privatización de los servicios públicos y de las empresas estatales, así como al desmantelamiento de los instrumentos estatales de planeamiento y control.

El sistema judicial se encuentra en una permanente crisis, ya sea porque no logra atender las demandas

judiciales en el lapso previsto por las propias leyes, o porque en todo momento salen a relucir los privilegios vitalicios de los miembros de ese poder, y los casos de abusos y corrupción. El poder judicial se niega a someterse al control social externo, legisla en beneficio propio y se arroga el derecho a legislar.

Las fuerzas armadas se retiraron —luego de los desastrosos resultados de sus veinte años de poder dictatorial— y perdieron la prerrogativa de hallarse directamente representadas en el primer escalón gubernamental, si bien siguen manteniendo el contenido tradicional conservador y reaccionario en la formación de sus oficiales y sargentos, y en el trato de los cabos y soldados. En su medio se encuentran aún vivos los conceptos nacionalistas de derecha.

La maquinaria burocrática gubernamental no ha abandonado todavía el concepto tradicional de que es la sociedad la que debe servirla y no al revés. Tarda en adaptarse a los nuevos tiempos y en varias oportunidades se ha constituido en un freno a la marcha de las políticas de carácter democrático y a favor del desarrollo.

Las fuerzas políticas

Brasil posee una legión de corrientes políticas que representan distintos segmentos de la sociedad. A pesar de ello, al enfrentar la cuestión clave del desarrollo del país, se agrupan principalmente en tres grandes corrientes, que marcan la historia brasileña desde la primera mitad del siglo xx: la conservadora, la progresista y la democrático-popular.

La primera se caracteriza por defender un desarrollo capitalista sin la realización de reformas estructurales ni la difusión de los derechos democrático-burgueses, y por estar a favor de mantener al país uncido a los intereses de las potencias capitalistas. En su seno se puede distinguir una brecha entre los que defienden una mayor participación activa del Estado en la economía y los que no. De cualquier modo, esa corriente, dirigida por los que privilegian el Estado, fue hegemónica en Brasil durante la mayor parte del siglo xx, y sus impulsores fueron responsables por la industrialización de los años 30 y los 40 y, después, de los 60 y los 70. Incluso bajo gobiernos dictatoriales hubo un rápido crecimiento económico en paralelo con la conservación del latifundio, el incremento de las desigualdades sociales y la difusión de la miseria.

La corriente progresista defiende un desarrollo capitalista combinado con reformas parciales, democratización limitada, participación activa del Estado y cierta dosis de soberanía nacional y de política externa autónoma. Durante casi todo el siglo xx, además de ser minoritaria, dicha corriente estuvo bajo

la hegemonía de fuerzas burguesas que tuvieron como aliadas —en determinados momentos— a algunas fuerzas democráticas, populares y socialistas. El período de gobierno del presidente Juscelino Kubitschek, en los años 50, resulta representativo de esa tendencia, con un ambiente de relativa democracia política, crecimiento acelerado, pero también de conservación del latifundio y aumento de las desigualdades sociales.

La corriente democrático-popular está a favor de un desarrollo combinado de formas capitalistas y socialistas con participación activa del Estado, reformas estructurales profundas, amplia democratización económica, social y política, con una constante redistribución de la renta, soberanía nacional y política exterior autónoma. Aunque ha sido minoritaria durante la mayor parte del siglo xx, adquirió fuerza desde finales de la década de los 80, con la fundación del Partido de los Trabajadores (PT) e incluso pasó a dirigir el bloque de fuerzas políticas y sociales defensoras de la corriente progresista, en virtud del proceso de divisiones internas en el seno de la burguesía.

Tales cambios en la situación de las fuerzas políticas parecieron indicar que se había producido una creciente polarización entre la corriente capitalista-conservadora y la democrático-popular y progresista. Sin embargo, en los 90, la ofensiva global neoliberal, asociada a la crisis del socialismo, la reestructuración del mundo del trabajo y la disminución de las movilizaciones sociales, introdujo profundas modificaciones en la correlación de fuerzas. Como resultado, el Partido de los Trabajadores (PT) y la corriente democrático-popular adoptaron de manera paulatina los objetivos programáticos de la corriente progresista como sus objetivos principales, con un mayor énfasis, no obstante, en las políticas sociales, democracia, soberanía e integración. En los 90, al igual que la primera década del siglo XXI, se reanimó la disputa entre la corriente conservadora, ahora sometida a la hegemonía de la burguesía financiera neoliberal, y la corriente progresista y democrático-popular, encabezada actualmente por el PT.

La hegemonía de la burguesía financiera sobre la corriente conservadora acentuó las tendencias más conservadoras y reaccionarias del desarrollo brasileño. Por una parte, estableció los antiguos preconceptos anticomunistas, que parecían ya enterrados. Por otra, generó nuevas escisiones en su propio seno, con lo cual sectores disidentes de la pequeña, la mediana e incluso la alta burguesía fueron fundamentales en la elección de Luiz Inácio (Lula) da Silva para la presidencia de la República en 2002 y 2006, y en la de Dilma Rousseff, en 2010.

La conquista de la presidencia de la República por parte de las fuerzas socialistas, progresistas y democráticas promovió un mayor grado de democracia,

Aún existen en Brasil cerca de dos o tres millones de campesinos sin tierra, provenientes en su mayoría de propiedades rurales expropiadas por los agronegocios o en virtud de deudas bancarias y comerciales. Su conversión en pequeños productores agrícolas efectivos enfrenta la resistencia de la burguesía agrícola, así como la de los remanentes del antiguo latifundio y la del conjunto de la burguesía.

una mejor calidad de vida, soberanía nacional e integración suramericana. Hoy hay más personas alfabetizadas, más servicios de salud, menos hambre y mayor derecho a las viviendas. El crecimiento económico reintrodujo la necesidad de industrialización, estimuló la creación de un mayor número de empleos y proporcionó jubilaciones menos degradantes.

Pero esos avances todavía no se han convertido en estructurales, no se transformaron en otro modelo de desarrollo, de tipo democrático-popular, que democratice la estructura de propiedad y genere un salto en el desarrollo de las fuerzas productivas sociales. En la práctica, el bloque progresista y democrático-popular no logró dejar atrás la herencia neoliberal. La sociedad sigue estando polarizada sin que la alternativa progresista de desarrollo haya impuesto una victoria decisiva sobre la alternativa conservadora y pueda transformarse en una democrático-popular. El candidato conservador-reaccionario obtuvo 46% de los votos válidos en las elecciones de 2010, y demostró que la herencia neoliberal continúa siendo en extremo influyente.

Tendencias del gobierno de Dilma

Al gobierno de Dilma no le basta con continuar los proyectos del de Lula. Es necesario hacer más, mejor y a mayor velocidad.

La legitimidad y la prioridad de los asuntos sociales, en especial los relacionados con la educación, la salud, el saneamiento, los transportes públicos, el empleo y la vivienda, exigen, para atenderlos, un esfuerzo aún mayor del realizado durante el período presidencial de Lula. De inmediato, parece imprescindible dar continuidad a ese proceso y, a la vez, imponerle un ritmo que apunte a la perspectiva real de su solución. Y tal vez esto solo sea posible si se produjese un salto de calidad, con reformas todavía más profundas, claramente encaminadas a la superación de la deuda histórica de atraso político, económico, social, científico y tecnológico del país.

Un avance más veloz en infraestructura y saneamiento, transportes, energía y vivienda puede posibilitar un nivel casi pleno de empleo y la elevación sustancial de la

producción y de la productividad agrícola e industrial. Ello, a su vez, puede permitir que los millones de brasileños que viven en haciendas abandonadas, chozas lacustres y otras moradas en peligro permanente, o en las calles, tengan acceso a un techo digno con condiciones ambientales saludables. Y puede crear otras para asentar a los millares de trabajadores carentes de tierras para laborar.

De otro lado, la elevación de la producción y de la productividad agrícola e industrial debe hacer ascender a un nuevo nivel el tratamiento de la cuestión ambiental. No será fácil convertir el desarrollo económico en socio activo de la evolución ecológica sin encaminarse hacia la solución de la cuestión agraria, del trazado de zonas agrícolas y forestales, del tratamiento de los contaminantes y de la emisión de gases, así como del desarrollo científico y tecnológico.

Sin la implantación de un proceso racional y sostenible del uso económico del suelo, de las aguas y de los bosques, y sin ofrecer soluciones técnicas y científicas que posibiliten una producción industrial limpia, es difícil establecer una correspondencia adecuada entre la cantidad de población y el área del territorio, y combinar de un modo más equilibrado procesos en apariencia antagónicos, tales como una creciente producción agrícola y una creciente urbanización con la protección de bosques, fuentes de agua, fauna, etcétera.

Sin embargo, aún más que en el período anterior, el nuevo gobierno debe enfrentar una resistencia cada vez mayor de los sectores abiertamente reaccionarios, de los conservadores reaccionarios y de los pseudodemócratas, para quienes cualquier participación popular en el gobierno y en el poder huele mal, y cualquier política exterior independiente es antinorteamericana. La acción de esos sectores en la campaña electoral y su posterior reacción a la derrota muestran que no están dispuestos a tregua alguna. No admiten que la democracia se haya consolidado o ampliado con la creciente presencia en las esferas de poder de las capas populares —la mayoría de la población brasileña. Tampoco desean permanecer impasibles ante la continuidad de la política de integración de América del Sur, de diversificación de

las asociaciones internacionales de Brasil y de la política soberana en el proceso de globalización.

El desarrollo de las fuerzas productivas, retomado por el gobierno de Lula, permitió que la burguesía se apropiase de riquezas mucho mayores. Pero tal desarrollo también recompone la fuerza social de los trabajadores, amplía la participación de los micro y pequeños empresarios y, asociado a las políticas sociales del gobierno, mejora el esquema de vida de los sectores populares que vive en la línea de la pobreza y por debajo de ella.

En esas condiciones, lo natural es que la recomposición trabajadora, la ampliación del capitalismo democrático y el mejoramiento del poder adquisitivo de las capas pobres eleven las demandas de esos sectores populares y democráticos en cuanto a nuevas mejoras económicas y sociales, y por mayores derechos políticos. Esto tiende a chocar con el ritmo de acumulación de riquezas por parte de la burguesía y va en contra de las propensiones antidemocráticas de los sectores más reaccionarios y conservadores de esta. El renacimiento de las luchas clasistas, tal como apuntan algunos indicios, puede enfrentar al gobierno de Dilma a desafíos diferentes a los confrontados por el gobierno de Lula.

Con vistas a amainar semejantes choques y evitar que entorpezcan el proceso de desarrollo de las fuerzas productivas, el gobierno de Dilma enfrentará nuevos retos que provendrán tanto de la necesidad de garantizar el derecho a la lucha de los trabajadores y demás capas populares como de la necesidad de oponerse a las exigencias conservadoras y reaccionarias de reprimir y criminalizar esas luchas. Tales contradicciones no serán exclusivas del gobierno. Tienen que ver también con el PT y varios otros partidos de izquierda, en el gobierno y fuera de él. Quizás ya todos se estén viendo obligados a considerar esos escenarios futuros, tomando como base los acontecimientos referidos al renacimiento del submundo de la política en el transcurso de la campaña electoral, y también de algunas luchas emblemáticas, tales como las de los bomberos de la ciudad de Río de Janeiro y los obreros de la construcción civil de la hidroeléctrica de Jirau.

Esa toma de conciencia de las principales contradicciones durante el actual gobierno puede conducir a los partidos de izquierda a realizar al menos dos desplazamientos indispensables. Primero, volver a enraizarse y nuclearse en la base de las fábricas y en las comunidades populares, de modo que puedan sentir y medir el desarrollo de las antiguas y nuevas demandas populares, y orientar a los movimientos sociales y al gobierno en el enfrentamiento de semejantes problemas como aliados y no como oponentes. En segundo lugar, buscar una agenda que los unifique en los embates dentro y fuera del gobierno y del parlamento, para

avanzar en la lucha contra los enemigos comunes y evitar que la coalición gubernamental trace pautas inducidas en lo fundamental por los intereses de la burguesía. Eso debe abarcar temas como la cuestión cambiaria, la apertura fiscal y el método para enfrentar la inflación, la reforma política, la tributaria y otros asuntos estructurales.

Tal vez en mayor grado que el gobierno de Lula, el de Dilma tendería a ser un área de constante disputa en la cual la colaboración y el conflicto, la unidad y la lucha estarían alternándose permanentemente.

Desafíos estratégicos del PT

Los principales desafíos del Partido de los Trabajadores son mantener el gobierno nacional, fortalecer su hegemonía sobre las fuerzas progresistas, retomar la alternativa democrático-popular y socialista de desarrollo, transformar dicha alternativa, paulatinamente, en uno de los polos de la disputa y consolidar al partido como una organización de masas y de dirección social.

Para ello, el conjunto de la militancia del partido tendrá que realizar una reflexión teórica más profunda sobre algunos asuntos que perturban su análisis coyuntural y estratégico y su elaboración política. Eso tiene que ver sobre todo con los conceptos actuales sobre el neoliberalismo, el nacionalismo, la socialdemocracia, el socialismo y el desarrollo, la necesidad de valorar la importancia que tiene, para las grandes masas del pueblo, la actual experiencia de participación en los procesos electorales y en los mecanismos institucionales del Estado, y la necesidad de forjar alianzas, no solo para dividir y debilitar al enemigo principal, sino también para acumular fortaleza y cambiar la correlación de fuerzas.

No debe confundirse el neoliberalismo, como ideología y política de la burguesía transnacional, con el liberalismo y el democratismo burgueses. Estas son expresiones políticas diferentes y más antiguas que todavía aparecen de manera diferenciada en la sociedad brasileña, la mayor parte de las veces en contradicción con el neoliberalismo, cuyo ascenso ocurrió a la zaga de la crisis internacional de reestructuración capitalista de los 70.

El neoliberalismo condujo a la formación de las grandes corporaciones transnacionales y, asociado a la expansión globalizada del capital, desencadenó en el mundo un proceso regresivo, caracterizado por el colapso de la socialdemocracia europea, de los nacionalismos africanos, de los desarrollismos latinoamericanos y del socialismo de tipo soviético. De 1980 a 1999, el neoliberalismo se volvió hegemónico en

América Latina y acentuó la dependencia, la desigualdad y el conservadurismo político característicos del período anterior.

No se debe confundir el nacionalismo practicado por las potencias del centro, con el que se ejerce como forma de defensa contra las grandes potencias. De otro lado, parte de la burguesía brasileña resulta incapaz de practicar cualquier tipo de nacionalismo en sus relaciones con las grandes potencias, en tanto la burguesía en su conjunto acostumbra a contemplar a los países vecinos de América Latina y el Caribe, así como a los países africanos y asiáticos, a través de un prisma nacionalista de gran potencia.

No se debe olvidar que la socialdemocracia nació, en el siglo XIX, como una corriente popular revolucionaria anticapitalista e internacionalista europea. A partir de la Primera guerra mundial, se transformó en corriente reformista del capitalismo. Con los resultados de la Segunda guerra mundial, después de 1945, la socialdemocracia desempeñó un papel fundamental en la creación de Estados de bienestar social en Europa, que elevaron los patrones de vida de los trabajadores asalariados y del conjunto de sus poblaciones, pero a costa de la superexplotación de las poblaciones de las antiguas colonias y semicolonias.

La liberación de los antiguos países coloniales y semicoloniales, completada en los años 70, la transformación de varios de ellos en potencias emergentes, el surgimiento de las grandes corporaciones transnacionales y el fin de la Unión Soviética —a principios de los 90—, liquidaron los motivos y las condiciones de existencia de los Estados de bienestar y convirtieron la socialdemocracia europea en una corriente defensora del neoliberalismo.

No se debe confundir el socialismo con el comunismo. La práctica de los últimos noventa años mostró que el primero fue y sigue siendo una fase de tránsito del capitalismo hacia una sociedad de tipo superior: el comunismo. En tal fase, el capitalismo aún no ha agotado su papel histórico de desarrollo de las fuerzas productivas, y el comunismo tampoco posee las bases materiales y culturales para implantarse. Sería necesaria por ende, en ella, la coexistencia de colaboración y conflicto entre las propiedades sociales —estatales, públicas, cooperativas, solidarias— y las capitalistas y mixtas. Y en ello el Estado tendrá que combinar planeamiento y mercado, rectificando los caóticos desvíos de este último, pero utilizándolo como instrumento de determinación de los precios y de la asignación de recursos hasta el pleno desarrollo de las fuerzas productivas y la creación de las condiciones materiales y culturales necesarias para el paso a una etapa superior de civilización.

Finalmente, no se debe confundir nuestro desarrollismo con el de ellos. La actual oposición de derecha, capitaneada por la coalición entre el Partido de la Socialdemocracia Brasileña (PSDB) y el Partido de los Demócratas (DEM), arguye que el actual desarrollo, promovido por los gobiernos bajo hegemonía del PT, se debe al sendero abierto por el gobierno de Fernando Henrique Cardoso. Plantea que este fue responsable por la creación de las condiciones para el desarrollo futuro, aprovechadas antes por Lula y ahora por Dilma. Pero la mayoría de las personas saben que Brasil escapó a las principales consecuencias de la crisis mundial que estalló en 2008 justamente porque el gobierno de Lula no siguió el sendero abierto en el período de Cardoso (1995-2002).

De hecho, el camino seguido por Cardoso fue el de la privatización de los bancos públicos y de las empresas estatales, de la implantación del Área de Libre Comercio para las Américas —ALCA—, de la atracción de capitales especulativos, de la inutilización de los mecanismos de planeamiento y control del Estado y de otras políticas que condujeron al país al borde del precipicio. Las dificultades que enfrentó el gobierno de Lula, y que siguen presentes en el de Dilma, tienen su origen en la maldita herencia de Cardoso, en especial el peso de la especulación financiera y la legislación que impide el crecimiento de las inversiones públicas en infraestructuras y en el proceso productivo.

De ese modo, el debate sobre el desarrollo, incluso dentro de los marcos del capitalismo, conlleva problemas distintos, en dependencia de cuál fracción burguesa tenga la hegemonía sobre el proceso. Un desarrollo con crecimiento económico, redistribución de la renta, gran peso en la educación y el desarrollo científico y tecnológico, sostenido por el medio ambiente y con participación soberana y diversificada en el mercado internacional, también puede ocurrir en el capitalismo, sujeto a la correlación de fuerzas establecidas en el gobierno y en el Estado.

El desarrollo progresista tiene por límite los marcos capitalistas y de la democracia liberal. El democrático-popular tiende a ir más allá de esos marcos: a introducir instrumentos económicos de carácter social y público —como las empresas estatales, públicas, cooperadas y solidarias—, instituir mecanismos de redistribución efectiva de la renta, universalizar la educación y la salud para todas las capas de la población y radicalizar el proceso democrático a través del apoyo a nuevos mecanismos de participación popular y control social.

En ese sentido, para transformar el desarrollo progresista en democrático-popular, incluso paulatinamente, desempeña un papel importante la valoración de la experiencia de participación de las grandes masas del pueblo en los procesos electorales,

en los mecanismos institucionales del Estado y hasta en las alianzas con sectores de la burguesía. Esa es una experiencia nueva en la historia brasileña, cuya característica hasta el momento actual ha sido la sustitución de las movilizaciones masivas —al modo de las grandes huelgas obreras y de movimientos como *Directas Já*¹ y Amnistía, de fines de los 70 y principios de los 80— por los votos a favor de candidaturas y partidos de izquierda, con la esperanza de que estos realizaran las mejoras deseadas en aquellos aspectos que marchaban manifiestamente mal.

Tal esperanza explica el gran giro cultural de las elecciones de 2002, en las que grandes capas pobres de la población finalmente superaron su resistencia a votar por alguien que las representara. En 2006 y 2010, estas capas mantuvieron su voto por la izquierda. Sin embargo, hay que reconocer que gran parte de ellas, y otra significativa de las llamadas clases medias siguen opuestas a la izquierda y a sus propuestas, por lo que son presas fáciles de los preconceptos alimentados por la derecha conservadora y reaccionaria.

En esas condiciones, no se debe suponer que sea posible modificar la situación a través de la radicalización verbal, ni renunciar a una experiencia compleja de aprendizaje político de las grandes masas. Tampoco se debe olvidar que esta experiencia electoral está plagada de riesgos para la izquierda, en particular para el PT. Puede conducir a que se confundan las concesiones tácticas con otras programáticas e ideológicas, y el empleo de métodos de acción propios de la burguesía. También puede conducir al abandono del trabajo de base entre los trabajadores asalariados, las demás capas populares y clases medias, en beneficio exclusivo del trabajo institucional y electoral.

La rebaja o el abandono de los objetivos generales de carácter democrático-popular y socialista puede expresarse de distintas formas. Suponer, por ejemplo, que para alcanzar el pleno desarrollo económico y social, acabar con la miseria y la pobreza y consolidar la democracia participativa, basta con seguir conquistando la presidencia de la República por tiempo indeterminado, sin que sea necesario reestructurar en profundidad el Parlamento, el sistema judicial y los demás aparatos del Estado. Es una ilusión pensar que manteniendo intactos esos aparatos de poder y el modo de producción capitalista sea posible vencer los problemas estructurales de la sociedad brasileña y domar las férreas leyes del desarrollo capitalista.

Esa reducción subestima, además, que el desarrollo progresista refuerza a la burguesía y que las condiciones de ese desarrollo, que requiere el máximo de lucro, deben alcanzar un estadio en el cual entrarán en fuerte contradicción con una amplia redistribución de la renta

y con la ampliación de la participación democrática. En algún momento de ese proceso de desarrollo, las fuerzas democráticas y populares tendrán que enfrentarse a los más profundos intereses de la burguesía.

Tan dañino como la reducción o el abandono de los objetivos generales de carácter democrático-popular y socialista, es la adopción de métodos de acción propios de la burguesía, así como la ilusión de que esta clase se sentirá satisfecha porque el Partido de los Trabajadores y otros de izquierda se vuelven iguales a ella. Esos partidos no pueden recurrir al tráfico de influencias, a la corrupción y a otros métodos comunes de la vida burguesa, no solo porque necesitan diferenciarse de los métodos de la burguesía, sino también porque, hipócritamente, esta es la primera en denunciar esos deslices del PT y de sus aliados de izquierda (Partido Socialista Brasileño, Partido Comunista del Brasil, Partido Democrático Laborista) y en hacer uso de ellos para desmoralizarlos.

Al mismo tiempo, un partido de izquierda no puede abandonar sus bases sociales organizadas, ya sean núcleos u otros tipos de organización existentes en los locales de trabajo, en los barrios y en las comunidades, y suponer que pueda realizar su trabajo político a través de mandatos electorales. La experiencia histórica, nacional e internacional ha demostrado que esa sustitución es un camino que no solo conduce a la derrota ideológica y política, sino también a la propia derrota electoral.

Esa misma experiencia enseña que partidos de izquierda, como el Partido de los Trabajadores, requieren organizaciones enraizadas y con gran poder de capilaridad entre las grandes masas populares y democráticas. Esta es la única forma probada de capacitar al partido para que apoye y fomente tanto la organización como la movilización de sus bases sociales, ya sea para luchas masivas a favor de reivindicaciones económicas, sociales o políticas, o para participar en la lucha electoral y en los gobiernos.

Traducción del portugués: David González.

Nota

1. *Directas já!* fue un movimiento que entre los años 1983 y 1984 reclamó inmediatas elecciones presidenciales directas en Brasil [N. del T.].